

Jardines con locura

Patrice Robin (Deux-Sèvres, 1953), ha escrito un libro titulado, *De los efectos benéficos de la jardinería* (P.O.L. éditeur, 2016). Allí narra su vida desestabilizada por el Alzheimer de su madre, situación que supera gracias a la belleza de un jardín y otros pacientes a lo largo de una primavera, de un verano y de un principio de otoño

Es difícil orientarse para definir sin atrevimientos la narrativa francesa actual, pero también lo es con el resto del arte contemporáneo. Afortunadamente los diccionarios proliferan y sus especificaciones también se multiplican para que uno llegue a ubicarse, pecando y agradeciendo al mismo tiempo los márgenes de error al otorgar etiquetas.

También es cierto que cada vez hay más de todo: la súper población y sus consecuencias. En ese abastecimiento de propuestas para el pensamiento, el historiador de arte alemán, Hubertus Butin, encuentra que los juicios de valor en torno a lo que es moderno y "las pretensiones de validez artísticas" se han disuelto. Ni el apocalíptico y más poderoso mutante resucitado en X-Men Apocalipsis puede estar al tanto de todo los géneros y corrientes que existen.

Butin es autor de un Diccionario de conceptos del arte contemporáneo (Abada editores, 2009). El libro dedica un capítulo titulado *Jardines de artistas*: "En la historia de la cultura occidental, los jardines han sido lugares cargados de metáforas y de connotaciones en su mayoría positivas. El jardín se relaciona con el paraíso, escenario de idilios y locuras de amor". Hoy la relación humana con la naturaleza no puede ser considerada aparte de las ideas e imágenes científicas.

Patrice Robin (Deux-Sèvres, 1953), ha escrito un libro titulado, *De los efectos benéficos de la jardinería* (P.O.L. éditeur, 2016). Allí comparte su experiencia personal con el Alzheimer de su madre y al mismo tiempo hace un trabajo de campo en los llamados *Jardines con Locura* en Francia. A través de los testimonios que obtuvo de pacientes con distintos problemas de salud mental descubre como la jardinería funge como una terapia que sobrelleva nuestros laberintos.

-¿Hiciste terapia con este libro?

-Paso de la palabra terapia. No es una terapia. Pero mi experiencia dentro del hospital con otros pacientes me ayudó a reconectar con mi madre. Hablaría más bien de una reparación, no de terapia.

-Pareciera que hay una etapa en la vida de todo escritor en donde indaga con insistencia en su propia historia. ¿Crees que hiciste esta tarea?

-Para mi no es un deber del escritor indagar sobre su origen. Evidentemente mi trabajo es autobiográfico, yo me intereso por mis orígenes, y quizás hasta desde una dimensión más política. En mis libros hablo de los marginados, ¿comprendes? De los que están al margen de la cosas. No hablo de los potentados, prefiero hablar de los modestos. Y no es una cuestión del momento, mi origen es modesto.

-Hay un componente optimista en el libro, ¿no?

-Quizás pueda definirme como un optimista. Una de las cosas que ocurre en el libro es que a pesar de la gravedad siempre se deja un poco de luz al final para el lector. Un espacio abierto, un camino que tomar, y sí, puede ser definido como esperanzador.

-Vino para la Filven Mérida, etiquetado como exponente de la nueva narrativa francesa.

No sé si pertenezco a eso, pero me consigo en el trabajo de gente que admiro, como Emmanuel Carrère o Jean Rolin. Siempre me he situado en el mundo de lo real. También tengo una predilección particular por el cine documental, les recomiendo el último trabajo del chileno Patricio Guzmán, se llama El botón de nácar, una historia sobre las estrellas y sobre la dictadura chilena.

Jonathan Reveron, *El Universal* (Caracas), Juin 2016